

## 5. DADOS DE DOS MUNDOS

*“En suma, en el movimiento de Independencia pelean dos tendencias opuestas: una de origen europeo, liberal y utópica, que concibe a América española como un todo unitario, asamblea de naciones libres; otra, tradicional, que rompe lazos con la Metrópoli solo para acelerar el proceso de dispersión del Imperio...Imperio que se dividió en una multitud de Repúblicas por obra de las oligarquías nativas, que en todos los casos favorecieron o impulsaron el proceso de desintegración. No debe olvidarse, además, la influencia determinante de muchos de los caudillos revolucionarios. Algunos, más afortunados en esto que los conquistadores, su contrafigura histórica, “lograron alzarse con los reinos”, como si se tratase de un botín medieval. La imagen del “dictador hispanoamericano” aparece ya, en embrión, en la del “libertador”.*

*Así, las nuevas Repúblicas fueron inventadas por necesidades políticas y militares del momento, no porque expresasen una real peculiaridad histórica. Los “rasgos nacionales” se fueron formando más tarde; en muchos casos, no son sino consecuencia de la prédica nacionalista de los gobiernos. Aún ahora, un siglo y medio después, nadie puede explicar satisfactoriamente en qué consisten las diferencias “nacionales” entre argentinos y uruguayos, peruanos y ecuatorianos, guatemaltecos y mexicanos. Nada tampoco –excepto la persistencia de las oligarquías locales, sostenidas por el imperialismo norteamericano– explica la existencia en Centroamérica y las Antillas de nueve repúblicas”*

NAIPES DE POLVO página 53

En esta reflexión, Octavio Paz –humanista de la Ilustración- no visualiza el avance en el comercio, métodos financieros, banca y un cierto progreso técnico en la navegación, impresión y relojería de Europa Occidental –sangre vikinga y de caballeros germanos- que empezaba a distanciarse del resto del mundo y a sentar las bases de la futura sociedad industrial debido al incipiente desarrollo de la industria pesada y la minería, heraldos anunciando que con las Constituciones del siglo XX vendría el tránsito de las soberanías constitucionales a las personales sin forma, a las guerras destructoras y al imperialismo, antesala de la última forma de toda civilización, la política privada y familiar de los caudillos en que el mundo es un botín de guerra que comenzamos a vivir a mediados del siglo XX y continuará con la lenta sumersión en los estados primitivos de la humanidad, a pesar de vivir una vida civilizadísima, como la que ya vivimos.

Así, mientras en el pueblo de Dolores irrumpía la lava humana que ensayamos, en Europa Occidental –cada vez más lejos de la España feudal- aparece la máquina de vapor, el gran motor de la Revolución Industrial, así como los altos hornos de la siderurgia. Mientras la Europa meridional y oriental – España, Portugal, Calabria, Sicilia, Hungría y los Balcanes- se refeudalizaba y establecían monarquías absolutas, la guerra civil inglesa (1624-1651) y la posterior revolución (1688) determinaron el establecimiento de una monarquía parlamentaria basada en la división de poderes, la libertad individual y un nivel de seguridad jurídica que proporcionaba suficientes garantías para el empresario privado; muchos de ellos surgidos de entre activas minorías de disidentes religiosos que en otras naciones no se hubieran consentido. Indicador importante fue el espectacular desarrollo del sistema de patentes industriales. Las guerras napoleónicas consolidaron la industria europea. La Reforma protestante de Martín Lutero y Juan Calvino trajo consigo un cambio de mentalidad en el trato y la visión respecto del trabajo, que según Max Weber, el protestantismo considera al trabajo y al esfuerzo como un bien y un valor fundamental, al contrario que la ética católica que lo considera un castigo a raíz del pecado original, sintetizada en su tesis en la que vincula explícitamente la ética protestante y el espíritu del capitalismo.

Con la misma mirada intuitiva que hemos tratado de aprehender la significación del nacimiento de México la madrugada del 16 de septiembre de 1810 –y con ella, en forma tangencial a los movimientos independentistas de la América española- ahora miramos la naciente corriente del occidente de Europa de la que el *gesto* español quedaba rezagado, y, orgánicamente quedaban sus colonias.

De la misma manera que intuimos la significación histórica del poderoso funcionamiento instintivo y ánimo racial llegando a las costas de la Nueva Inglaterra con los peregrinos del *Mayflower* a sembrar lo que muy pronto serían la esencia de los Estados Unidos de América –el Destino Manifiesto-, una vida con forma de combatir y costumbres impregnadas con *voluntad de potencia en la tecnología*, un afán por dominar, explotar, incluso saquear la naturaleza con la mirada puesta en el infinito y anhelo por el futuro, ahora percibimos su diferencia abismal con el ánimo racial y profundidad instintiva de los pobladores al sur del río Bravo. Mientras que los emigrantes que fueron a establecerse en las orillas de la Nueva Inglaterra pertenecían todos a las clases acomodadas de la madre patria, habiendo abandonado comodidades *siguiendo una idea*, su reunión en suelo americano presentó desde un principio, el singular fenómeno de una sociedad donde no había ni grandes señores ni pueblo, ni, por decirlo así, pobres ni ricos; en tanto, los emigrantes a la Mesoamérica conquistada, confirmaban que casi todas las colonias tuvieron como primeros habitantes hombres sin educación y sin recursos, a quienes la miseria y la mala conducta empujaban fuera del país que los había visto nacer, o especuladores ávidos y caballeros de industria, gobernados por el representante de un rey extranjero y una corte de señoritos burócratas, marcando con ello, desde el origen, la diferencia de grandes señores y pueblo, de ricos y pobres.

Los datos particulares de los respectivos ADN de ambos mundos, el de Norteamérica y el de Latinoamérica, estaban siendo echados.

Lo que hemos visto hasta hoy, y *veremos mañana*, ha sido, y *será*, producto de ello.